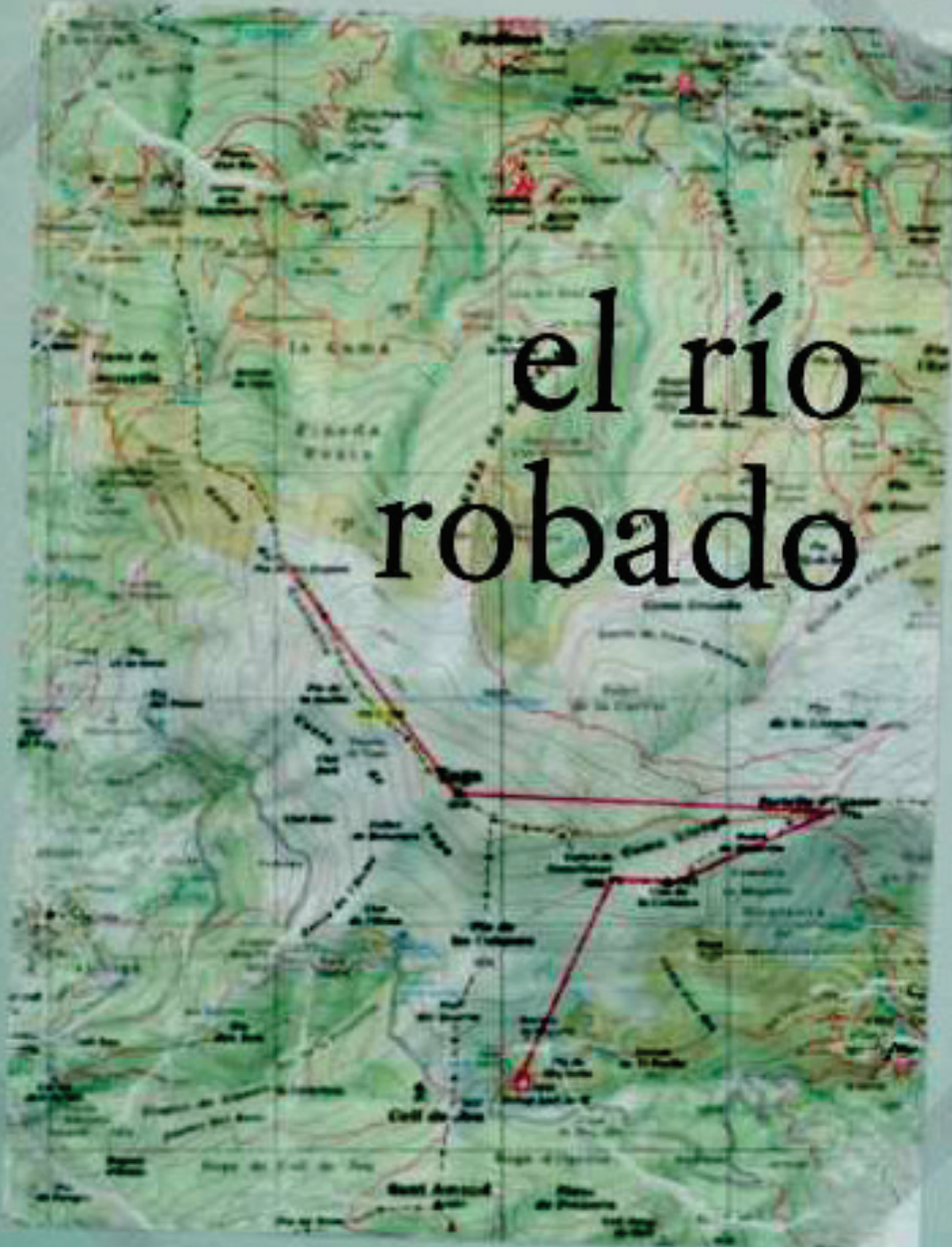




el río robado

Montserrat del Amo



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Diseño de cubierta: Lara Peces

© Montserrat del Amo, 2010
© Ediciones SM, 2010
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Ivette Aldana, buena amiga.
Y a Guatemala, precioso país.*

Primera parte

GRIETAS EN EL MURO

1

HIJO DE PAPÁ

A Carlos Miguel le extraña que papá venga a buscarlos al colegio.

–¿Algo nuevo? –pregunta.

–Sí, pero ya os lo contaré en casa a todos juntos: es una sorpresa que ni siquiera sabe mamá.

Si papá lo ha decidido así, de nada vale insistir.

Pero ¿qué será?

Entre la doble fila de coches particulares que se forma en el jardín, a la salida del colegio, serpentea una vieja moto de escape libre, conducida por un motorista con una chupa tejida a mano, un chaleco identificativo y un casco abollado.

Sus arriesgadas maniobras amenazan con rayar la carrocería del Mercedes último modelo que conduce papá; sus giros bruscos le obligan a frenar, más por evitar un desperfecto que por temer atropellar al arriesgado motorista.

–¿Adónde va ese? –protesta papá, indignado–. ¿No se ha enterado todavía de que hay leyes que prohíben la circulación a las motos por el centro de la capital? En una ciudad como Guatemala, donde se cometen unos veinte asesinatos al día en plena calle y se producen más de cien atropellos graves, se deberían obedecer las medidas de seguridad con todo rigor.

–Pero nadie lo hace –contesta Carlos Miguel.

–Por ejemplo, para evitar que las bandas del crimen organizado utilicen el método del «disparo rápido», que consiste en que el que va de paquete en una moto dispara a la víctima señalada al rebasar su automóvil, mientras el conductor acelera y los dos escapan a toda velocidad sorteando el tráfico sin que la policía logre alcanzarlos, ahora está prohibido que viaje más de una persona en cada moto y, además, quien la conduce debe llevar el número de la matrícula pintado en la parte posterior de su camiseta, bien visible, para que si por casualidad logra escapar, más tarde pueda ser identificado y perseguido. Esta ley sería eficaz si se cumpliera a rajatabla.

Carlos Miguel se está dando cuenta de que papá es partidario de que los demás obedezcan unas normas de circulación que él se salta continuamente.

–Así se terminarían los robos en los semáforos, que se llevan a cabo mediante un método parecido: los motoristas aprovechan los atascos de circulación para que el copiloto rompa una ventanilla del coche de al lado, meta la mano y robe impunemente un ordenador portátil, un maletín o un bolso de señora que ha sido dejado en el asiento.

–Al menos este –dice Carlos Miguel señalando al que estorba la marcha del Mercedes– va solo.

–Sí –reconoce papá–, pero ¿qué garantía tenemos de que no se trata de un delincuente? ¿Cómo le han dejado

pasar con semejante cacharro a un espacio reservado para la recogida de los alumnos de este colegio? La Dirección tendría que extremar las precauciones. Los mensajeros deben entrar por detrás, por la puerta de servicio, sin molestar a nadie...

–Pero este no es un mensajero, papá –replica Carlos Miguel.

–... o los repartidores de pizzas...

–Tampoco es un repartidor.

–... o los carteros...

–Que no, papá, que no es nada de eso. Que este motorista es don Pedro, un profesor del colegio –aclara Carlos Miguel.

–¿Con esa pinta? –pregunta papá, extrañado.

–¡Bueno! Dentro del colegio lleva chaqueta y corbata, pero se las quita en cuanto acaba su trabajo. Y tampoco es exactamente un profesor, sino un ayudante, un vigilante de pasillos y recreos. Le llamamos el Semiprofe porque aún no ha terminado la carrera.

A Carlos Miguel le cae bien el Semiprofe, pero la verdad es que también le inquieta –incluso a veces le irrita–, porque dice cosas muy extrañas.

Ayer, sin ir más lejos.

Freddy, como de costumbre, estaba presumiendo del éxito de su padre en los negocios y terminó diciendo:

–Es un lince: triunfa con todo lo que emprende. Está en la banca, en la construcción, en la industria... Solo con una fábrica de textiles da de comer a cinco mil trabajadores.

El Semiprofe, que pasaba por ahí en ese momento y pudo oír la última frase, replicó, sin darle importancia al comentario:

–¿Y no serán los cinco mil trabajadores de la fábrica los que os dan de comer a vosotros, mucho mejor de lo que comen ellos y sus familias?

Freddy protestó, ofendido:

–¡Don Pedro! Eso va contra el sistema.

Y el Semiprofe le replicó, mirándole a la cara:

–¿No es cierto lo que digo?

Sonó el timbre del final del recreo y Freddy dijo:

–Se acabó el tiempo; no podemos seguir discutiendo.

El Semiprofe le replicó, haciéndose el inocente:

–¡Ah! Pero... ¿estábamos discutiendo?

Carlos Miguel los escuchaba intrigado, mirando a uno y a otro, como el espectador de un partido de tenis muy reñido.

–Con usted no hay quien pueda –protestó Freddy–. Siempre tiene una pregunta a punto para largarla por sorpresa y no dar nunca una respuesta.

–Es que no la tengo –afirmó el Semiprofe–. ¡Si supieras las preguntas que me hago a mí mismo!

–¡Allá usted con sus ideas!

–Pero el truco no es mío –continuó el Semiprofe, pasando por alto la interrupción de Freddy–. Lo aprendí de un tipo que andaba por las calles y las plazas de Grecia interrogando a todo el mundo. Se llamaba Sócrates. ¿Te suena?

–¡No! –gritó Freddy, furioso.

–Pues deberías conocerlo. Ya te lo presentaré algún día.

–No me interesan sus amigos.

A Carlos Miguel se le escapa una carcajada ante la ignorancia de su compañero, que se revuelve furioso:

–¿Y tú de qué te ríes?

El jefe de estudios acudió a poner orden:

–¡Silencio! ¡Nada de peleas entre compañeros!

Freddy obedeció sin rechistar, pero Carlos Miguel se las arregló para quedarse rezagado y oír lo que comentaron los dos profesores entre ellos.

El jefe de estudios le preguntó al Semiprofe:

–¿Qué le pasaba a Freddy?

–Que se enfadó porque le hice unas cuantas preguntas.

–¡Ya! ¡El método socrático! Pues ten cuidado, que a los contemporáneos de Sócrates les resultó tan irritante que acabaron por condenarle a muerte.

–¿Pretendes asustarme? –pregunta el Semiprofe.

–Cicuta no te darán, pero te advierto de que si el director recibiera más quejas de ti, si Freddy le fuera a contar lo que estabas diciendo...

–¿El qué?

–¡Tú sabrás! ¡Alguna de tus genialidades!... Te podrías ver en la calle.

–¿Tan peligroso es enseñar a pensar a los alumnos, decirles que deben aprender de la vida más que de los libros?

–Bastante.

–Pues yo lo seguiré haciendo. La verdad es que me dan pena estos hijos de papá que viven automarginados, superprotegidos, encerrados entre muros de un gueto de oro. Los alumnos de este colegio apenas salen del jardín de su casa, solo se relacionan con gentes de su mismo nivel social y económico, vienen a clase en coche acompañados por el chófer y un vigilante armado, y cuando terminan el bachillerato pasan a una universidad norteamericana para volver a trabajar en los negocios de la familia. Y pueden quedarse fuera de órbita toda su vida. Con seis años, los chavales de mi barrio conocen la realidad mucho mejor que Carlos Miguel, Freddy y sus compañeros, que ya han cumplido los dieciséis.

El jefe de estudios se encogió de hombros y se largó sin opinar sobre las últimas frases del Semiprofe.

Carlos Miguel se calla la anécdota y dice en voz alta:

–Ya te lo he dicho. Ese es don Pedro, el Semiprofe, que sale disparado por las tardes para acudir a las clases nocturnas de la universidad.

–Y tú, ¿cómo estás tan bien informado de sus andanzas? –pregunta papá, siempre receloso de las influencias extrañas que pueda recibir su hijo.

–Porque me las ha contado él mismo.

–Pues yo no me fiaría de semejante tipo. Y te aconsejo que, en general, no pierdas el tiempo charlando con los subalternos y procures tratar con los de arriba; en este caso, con los profesores titulados.

–Pero, papá, don Pedro Acaj, el Semiprofe, ya está en quinto curso de Filosofía y Letras...

–¿Y encima se llama Acaj?

–Bueno, su nombre es Pedro, pero se apellida Acaj, que en quitché, su lengua materna, significa «piedra».

–¿Te está enseñando también a hablar quitché?

«¡Qué más quisiera yo!», piensa Carlos Miguel. Pero la pregunta parece un reproche y Carlos Miguel se disculpa como si papá le hubiera sorprendido en falta.

–¡Solo palabras sueltas!

–Para lo que te van a valer... –comenta papá, despreciativo–. Tú céntrate en tus estudios y olvídate de todo lo demás.

Pero Carlos Miguel continúa, embalado:

–Como te estaba diciendo, don Pedro Acaj ya está terminando la carrera. Si aprueba en junio todas las asignaturas, para conseguir el título de licenciado en Filosofía y Letras solo le faltará hacer la tesis y cumplir las doscientas horas de servicio a la comunidad.

Papá pregunta, extrañado:

–¿Doscientas horas de servicio a la comunidad? En mis tiempos no oí hablar de nada parecido.

–Pues ahora, en San Carlos, en la Universidad del Estado, para sacar un título de grado superior –explica Carlos Miguel–, es obligatorio entrar en un equipo de acción social, presentar un proyecto de ayuda y colaborar en su realización junto con otros estudiantes durante, al menos, doscientas horas.

Papá se lamenta:

–¡Doscientas horas robadas al estudio! ¡Qué pérdida de tiempo!

Y continúa:

–Pero tú no te preocupes, hijo mío, que yo te quitaré de encima esa molestia, pues ya sabes que te mandaré a Estados Unidos en cuanto termines el bachillerato, que para eso estoy yo aquí, para darte la mejor educación del mundo, la que yo no recibí, pues desde muy joven tuve que trabajar para abrirme paso en la vida...

–Sí, papá. Ya lo sé.

Carlos Miguel descuelga el teléfono de la línea paterno-filial, pues está harto de oír siempre la misma historia: que papá no contó con la ayuda de nadie, que había conseguido hacer fortuna por sí mismo, quetzal a quetzal, trabajando desde muy joven, de lo que se sentía muy orgulloso y presumía delante de sus hijos.

–Gracias a eso, ahora puedo mandaros, primero a ti, Carlos Miguel, y después a tu hermano Juan Luis, a estudiar a una prestigiosa universidad de los Estados Unidos, a Dallas, a Yale o a Harvard, una carrera de porvenir: Derecho, Empresariales o una ingeniería, lo que sea. Para la nena tengo otros planes: de aquí pasará a un colegio para señoritas en Suiza, lugar perfecto para convertirse en una dama elegante, en una gran señora.

Siempre, al llegar a este punto de su archirrepetido discurso, papá cita en dólares la cantidad exacta que le costará la educación de sus hijos en el extranjero, saboreando las cifras al pronunciarlas como si estuviera paladeando un trago de buen whisky.

Y termina diciendo:

–Vosotros tres, hijos míos, sois muy afortunados. Espero que sepáis agradecer y aprovechar las oportunidades que os ofrezco y que nunca defraudéis las esperanzas que he puesto en vosotros.

Juan Luis y la nena, acomodados en el asiento de atrás, cuchichean entre ellos, pero Carlos Miguel se siente en la necesidad de simular que sigue la conversación, aunque a ratos se refugie en una sordera voluntaria para escapar del machaqueo.

Carlos Miguel titubea, pensando:

«¿Qué será mejor decir: “Sí, papá” o “No, papá”? ¿“Sí, papá”, agradeciendo las oportunidades que nos ofrece, o “No papá”, asegurando en nombre de mis hermanos y en el mío propio que nunca le defraudaremos?».

Se decide por un «Sí, papá», que suena mejor y suele ser bien recibido.

Dice en voz alta:

–Sí, papá.

Atina, pues papá comenta, satisfecho:

–Muy bien, hijo mío. No esperaba menos de ti.

Y da por terminada la conversación con gran alivio por parte de Carlos Miguel, que ahora puede lanzarse libremente a suponer qué tendrá papá esta tarde entre ceja y ceja para haberse tomado la molestia de ponerse al volante del Mercedes, recogerlos a la salida del colegio y volver pronto a casa.

Don Miguel García conduce en silencio por el centro de la capital de Guatemala:

- soporta estoicamente los atascos;*
- piensa en sus muchos e importantes negocios;*
- evita atropellar a los viandantes que cruzan despreciando los peligros del tráfico;*
- huye de las embestidas de los autobuses colectivos pintados de colorines, que muestran escritas en la parte trasera frases transcendentales como «Jesús salva» o «Creo en Jesucristo»; incluso alguna expresión con ortografía caprichosa: «Dios está con-Migo»; otras en las que se refleja el talante del conductor: «El Llanero Solitario», «El Cuidadoso»; y la mayoría galantes, con nombres de mujer: «Chinita Linda», «Esmeralda Amada», «Mi Rosa querida», dulces mensajes de amor que desmienten la agresividad de los conductores.*

Y no vuelve a dirigir la palabra a su hijo.

El Mercedes deja atrás las últimas casas de adobes y uralita y llega, por fin, a las afueras de la ciudad; cruza un bosquecillo de pinos, asciende por la ladera de un cerro y, antes de coronar la cuesta, hace sonar el claxon tres veces.

Aviso innecesario, pues allí está el vigilante armado a la entrada de la urbanización, del condominio de lujo rodeado de una tapia de cinco metros de altura coronada con alambre de espino electrificado. Corre el portón de hierro y lo vuelve a cerrar inmediatamente, saludando:

–Muy buenas tardes, don Miguel.

Atrás, al otro lado del portón de seguridad, queda la capital de Guatemala:

- las aglomeraciones en las vías principales;*
- las miradas recelosas a los motoristas que se acercan demasiado;*

– *los indefensos viandantes de las barriadas que caminan pegados a las fachadas de las casas, buscado la precaria seguridad de unas aceras estrechas o inexistentes;*
– *las calles de empedrado desigual;*
– *el calor, el polvo, el miedo y la miseria.*

–¡Ya! –grita Juan Luis.

Ahora ya se pueden abrir las ventanillas ahumadas del Mercedes, ver la luz del sol, contemplar el esplendor de las flores, aspirar el perfume del césped recién regado, salir del coche y pasear por los caminos de arena entre mansiones ajardinadas.

Papá respira aliviado:

–Ya estamos en casa.

Pero ¿qué va a hacer papá en casa, tan temprano? –se pregunta de nuevo Carlos Miguel, intrigado–. ¿Cuál será la sorpresa?

Esta tarde, hasta los pequeños son invitados a pasar al salón, donde los está esperando mamá, sentada en el sofá bajo el cuadro del payaso en el que predominan los rosas y azules de Picasso, que entona con la tapicería de los muebles y con la decoración de la estancia.

También ella parece sorprendida o, al menos, expectante.

El criado, de piel oscura y guantes blancos, deja en la mesita de cristal la bandeja de plata con los vasos, la jarra con el zumo de piña y papaya recién preparado para los niños, el juego de té para mamá, el vaso alto, la cubitera de hielo, la botella del whisky de papá y los platitos de dulces y galletitas saladas para todos.

El criado se queda unos instantes parado hasta que recibe un gesto de aprobación y se va, cerrando la puerta tras de sí.

Todavía en el salón, un largo silencio.

Papá disfruta prolongando la expectación general y empieza a hablar después de su segundo trago.

–¡Bien! –dice al fin.

Comienza por la prehistoria del asunto, como hace siempre, y le pregunta a su mujer:

–¿Recuerdas, Violeta, esas tierras que ocuparon tus antepasados españoles, la hacienda y la casona del norte, que en tu familia han pasado de padres a hijos desde los tiempos de la Colonia?

Mamá, que estaba más o menos preparada para oír el anuncio del plan para las próximas vacaciones, de un viaje turístico, de la compra de un nuevo coche, de un cuadro o una joya... se queda atónita ante una pregunta tan inesperada.

Satisfecho con el efecto conseguido, papá continúa diciendo:

–Pero, no. ¡Cómo las vas a recordar, si no las has visitado nunca! Hace años, al firmar unos documentos que te presenté y que ni te molestaste en leer, me contaste que, desde la independencia del país, tu familia se había aventurado pocas veces por esas tierras salvajes de frecuentes terremotos, volcanes latentes y senderos repletos de vegetación, que era preciso reabrir a machetazos para llegar hasta la casona.

Carlos Miguel se coloca las antenas.

«¡Las tierras del norte, ocupadas por Gonzalo Álvarez de Mendoza, capitán de los Hombres de Hierro y antepasado de mamá!».

La hacienda y la casona, más que una propiedad, parecían una leyenda.

«¡Cómo me gustaría conocerlas!», piensa.

Mamá evoca en voz alta, entre ilusionada y nostálgica, las historias que le contaba su abuela:

- *la llegada de los Hombres de Hierro del otro lado de los mares;*
- *la exploración de un mundo nuevo para ellos;*
- *las luchas entre los capitanes rivales;*
- *los duelos a muerte;*
- *los fantasmas que poblaban los salones oscuros y se escondían entre los cortinajes del salón;*
- *los pumas y los jaguares aullando en las noches de luna más allá del jardín...*

Violeta acalla sus recuerdos y fuerza una sonrisa para no asustar a sus hijos, especialmente a la nena, que es miedosa y tiene pesadillas.

–¡Puros cuentos de viejas! –dice.

A Carlos Miguel, que ya estudia literatura patria en el colegio, le comenta:

–Las palabras de mi abuela parecían sacadas de una novela de Miguel Ángel Asturias o de un cuento de Augusto Monterroso, pero yo me las creía firmemente porque se transmitían de generación en generación, como si todas fueran verdaderas.

Don Miguel García mira compasivo a su esposa, pensando:

«Violeta y sus antepasados. Y ese ambiente de ensoñación en el que se refugia y en el que parece perderse con frecuencia».

Pero ahora la obliga a volver al presente diciendo:

–Sí, las tierras del norte. Desde que las heredaste solo nos han producido gastos, tantos que pensé en venderlas. Pero antes de tomar una decisión, se me ocurrió echar una mirada.

–¿Y fuiste por ahí? –pregunta Violeta.

–Sí.

–¿Cuándo?

–Hace más de un año. Y he vuelto muchas veces.

–Entonces... ¿tus repetidos viajes de negocios...?

–Muchos han sido al extranjero. Pero también he ido a la hacienda con frecuencia.

–¿Sin decirme nada?

–¡Mujer! La primera vez yo no sabía con lo que me iba a encontrar. Y lo que vi era mucho peor que lo que se comentaba en tu familia. El camino estaba tan invadido por la maleza que ni siquiera permitía el paso de las caballerías. A mí tuvieron que llevarme en un sillete de madera que dos porteadores se turnaban para cargarlo a sus espaldas. El guía se perdió muchas veces, se improvisaron unos chamizos para acampar y yo tardé varios días en explorar la hacienda.

»De la casona solo quedaban en pie la fachada y el escudo de piedra. El tejado se había hundido y las enredaderas subían por lo que quedaba de los muros y entraban en las habitaciones.

»La tierra llevaba años sin cultivar y algunos campesinos de los pueblos vecinos habían sobrepasado las lindes borrosas para sembrar maíz, en pequeñas parcelas que ellos llaman milpas.

»Vender la hacienda parecía casi imposible. La distancia a la capital, las malas carreteras y el acceso en silletes de madera a espaldas de porteadores hasta llegar a la casona, desanimaría a los posibles compradores.

Violeta interrumpe a su marido, angustiada con la idea de perderla.

–Pero, Miguel, si la ganancia será poca, ¿por qué des-hacernos de esas tierras?

Una vez más, el conservadurismo de los terratenientes, débilmente defendido por Violeta, se oponía al utilitarismo de los empresarios:

«Si quieres tener tierras, tenlas».

«Si al tercer año un negocio no produce ganancias, liquídalo y emprende otro», como dice papá.

Carlos Miguel había percibido esas diferencias de opinión dentro de su familia.

Don Miguel García continúa diciendo:

—Pensé en venderla, pero tú ya me conoces, Violeta, y sabes que yo me crezco ante las dificultades. En el mundo de los negocios he superado retos que espantaron a mis competidores. Rentabilizar la hacienda del norte es el reto más fuerte que se me había presentado nunca.

»Estudié el caso detenidamente sobre el terreno. Según el ingeniero agrícola que contraté para que me acompañara en los sucesivos viajes, la tierra era apta para cultivar café, cacao y bananos. Agua no faltará para sembrar una zona de huerta. Mientras se ensanchaba el camino y se asfaltaba desde la carretera general, se utilizarían para el transporte mulas de carga y caballos de silla.

»Aunque ya pueden circular los automóviles por caminos sin asfaltar, las cuadras están preparadas, he comprado caballos de raza y este verano vendrá un profesor de equitación que os enseñará a montar a la española.

—¡Estupendo! —grita Juan Luis.

Papá sigue dirigiéndose a su esposa:

—El arquitecto calculó que la restauración de la casona no sería demasiado costosa con los materiales a pie de obra: se arrancaría la piedra de las barrancas cercanas y de los bosques se obtendría la madera para las vigas del artesonado. Para cubrir el techo se amasaría arcilla y se cocerían

las tejas en un horno de leña. Y así, sin consultarte siquiera y contando con tu adhesión de siempre, Violeta, di comienzo a las obras.

Por esta vez, el conservadurismo de los terratenientes y el utilitarismo de los empresarios se sumaban en un mismo proyecto.

Mamá quiere asegurarse e insiste:

–Entonces, ¿ya no quieres vender esas tierras? ¿Nos quedamos con ellas?

–Para siempre. Tú conservarás tus leyendas de caballeros, fantasmas de enamorados aparecidos, y yo haré un buen negocio explotando la hacienda. Ya he plantado miles de matas de cafeto, que no tardarán en dar buenas cosechas.

Papá da una palmada en la mesa y levanta la voz para recalcar la importancia del último aviso:

–La casona ya está restaurada. Y este fin de semana iremos todos a inaugurarla.

–¿A *inaguqué*? –quiere saber la Titina.

–A inaugurarla, a verla, a estrenarla... –le explica Carlos Miguel.

Y Juan Luis grita:

–¡Estupendo!